

Desmentida e impotencia

LAURA MEJORADA*



El acceso a la diferenciación no es fácil, y el camino que el hombre recorre desde su nacimiento hasta la estructuración del psiquismo tiene muchos recovecos y deslices, modificaciones continuas, iniciando por el deseo de la madre, pues la relación de la madre con el niño es la más desnuda y desprotegida en su punto de partida; nada obstaculiza su amor por el niño, excepto la castración, por eso las dos únicas vías que se abren al amor maternal son la sublimación o la relación perversa que puede anclar al hijo disminuido y degradado a vivir el pavor que le significará aceptar la castración materna. En este caso, la escena se protagoniza una y otra vez, al mismo tiempo que el rechazo de la castración se impone en cada intento de dominarla, pues la castración indispensable para que la estructuración de un psiquismo evolucionado se produzca no ha sucedido ni para la madre ni para el niño, e intentarán situarse en un tiempo anterior a la disputa por la diferenciación sexual, impotente ante el horror que produce la visión del genital femenino (Aulagnier, Piera. *El deseo y la perversión*. Ed. Sudamericana), ubicado como único objeto posible de la madre, deseo materno, ley materna. Aquí es donde nos enfrentamos con la desmentida como funcionamiento psíquico predominante de la perversión en esta dupla.

Mario, a sus 29 años, conservaba un aire infantilizado, fue un niño llorón y enfermizo, tenía múltiples problemas en la escuela y relata que no lo querían, que nadie lo soportaba. La madre impedía jugar a Mario porque tenía un soplo en el corazón, le adivinaba el pensamiento y con sólo mirarlo se percataba de esa necesidad compartida y se satisfacía con él. En una ocasión, mientras se disponía a bañarlo al despojarlo de la ropa, atrapó con el cierre los genitales de Mario, y como consecuencia de esta acción él sentía punzadas, pulsaciones, excitación; al ser tan seducido por la madre, todo era desmesura. Bien dicen que la perversión de la mujer es con los hijos.

*Laura Mejorada
Psicoanalista titular en
función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara.

mejoradalaura@hotmail.com



Mario fue un niño que vivió en el exceso y la promiscuidad, tuvo numerosos juegos sexuales durante su infancia y pubertad: con los primos, los vecinos, los monaguillos de la iglesia; sentía una necesidad imperante de tocar, de ver cuerpos desnudos. En su barrio pensaban que era homosexual. Durmió mucho tiempo en la cama de su hermano mayor, y desde su cuarto escuchaba los sonidos de los padres atribuidos al coito; siempre exaltado, exacerbado, buscaba encuentros que le proporcionaran una satisfacción parcial.

Su iniciación sexual la sostuvo con una chica en casa de su hermano; la primera noche no pudo tener erección, fue hasta la siguiente cuando escuchó a su hermano y a la pareja tener una relación sexual que pudo tenerla. Necesitaba imaginar un placer desmesurado, estar incluido en la relación del hermano y la pareja, ser testigo de la escena, como lo fue de los padres, para poder sentir y vivir una erección.

Tratando de poner tierra de por medio, vivió en Estados Unidos cuatro años y mantuvo una relación con una mujer 20 años mayor que había sido novia de un amigo.

Actualmente sostiene un noviazgo con una chica con la que no corre el riesgo de tener una relación sexual, pues es muy "conservadora". Pero busca, desesperado, el contacto corporal con otras chicas con las que puede sentirse "excitado": las toca, las acaricia, aunque siempre tiene miedo de que descubran su falta de erección.

Trabajó desde muy chico y el padre le administraba el dinero; Mario se sentía robado, era un padre violento, y como Mario lo provocaba, fue muy golpeado por él, situación que lo desconcertaba, pues no sabía si sentía coraje, placer o

ambos. Ahora repite la escena en los bares a los que acude, ya que se involucra en pleitos y es golpeado. Su impotencia no se limitaba al ámbito sexual, no trabajaba y vivía de sus ahorros mientras su padre se encontraba enfermo de cáncer en la garganta.

Mario tenía la ilusión de que yo le daría la potencia y la virilidad que le faltaba, me asignaba el papel de la madre fálica omnipotente, capaz de darlo todo sin que él lo pidiera; me exigía que con tan sólo una mirada comprendiera el sentido de su demanda, que estuviera dispuesta a satisfacerla inmediatamente, sin demora y sin palabras, ilusión que se rompió con el corte que implica la diferencia impuesta por la interpretación, o mi abstinencia, el final de la sesión, mi ausencia por vacaciones, la cual ha sido tan frustrante que ha llegado a castigarme quitándome sesiones o borrándome de su cabeza y sustituyéndome por el alcohol y las drogas.

Es entonces cuando la realidad se impone y el proceso analítico le muestra que no soy la madre fálica omnipotente que puede proporcionar ese goce sin fin que él anhela, que Mario estalla en ira, y surge el reclamo de que no es que yo no lo tenga, que es que no se lo quiero dar, pues en su omnipotencia él cree que sé lo que tiene y no le quiero decir.

Freud observa las reacciones de los niños al notar la diferencia anatómica entre los sexos: el primer encuentro del niño con lo que debería visualmente conducirlo a aceptar la diferencia le provoca un rechazo, prefiere no saber, ese fantasma atenúa el miedo a ser castrado; ulteriormente lo podrá ligar a la perversión o a la neurosis, aunque en menor grado, pero es justo con los pacientes como Mario en los que se presenta este predominio de la escisión y la desmentición.



da, donde impera lo pregenital, privándolos del acceso a la sexualidad adulta y al funcionamiento del pensamiento simbólico, con los que nos enfrentamos a la desmentida que ya cobró su precio, pues permanecen presos en esta impotencia, en la satisfacción parcial y una insatisfacción constante, ya que nada puede colmar su deseo desmedido de gozar más allá del placer, lo cual es imposible; desmesura y desmentida en un: *no es cierto, no puede ser, no existe, veo pero no lo creo, no lo reconozco.*

Mario sabe de la castración, pero desmiente la percepción y no sólo la sexual, sino que propaga limitando el psiquismo: visto pero no sabido, implica desmentir la realidad, la diferencia de los sexos, la generacional, y la finitud, no aceptar la castración materna y mucho menos la propia, y esto tiene su consecuencia psíquica, implica perder la posibilidad de simbolización quedando un pedazo de la realidad fuera de la psique, permaneciendo impensable, dejando huecos de simbolización, funcionamiento de acuerdo con lo que Freud describe en su artículo *La negación* (1925) respecto al Yo de placer originario, que quiere introducir todo lo bueno y arrojar de sí todo lo malo siendo idénticos lo malo, lo ajeno al Yo y lo que se encuentra afuera, lo cual me hace pensar en un psiquismo primitivo y poco evolucionado.

Freud nos plantea que las representaciones provienen de las percepciones, pues son repetición, reproducción y reedición de las percepciones, por lo tanto, la diferenciación entre objetivo y subjetivo se establece porque el pensamiento es capaz de volver a hacer presentes las percepciones, reproduciendo en la representación lo que una vez fue percibido. Pero ¿qué sucede cuando no se quiere percibir la realidad externa como

en el caso de la desmentida? Además, no siempre al producirse la percepción en la representación se le repite con fidelidad, pues puede ser modificada, y peor aún si se suprime como en el caso de la desmentida, no existe, o se omite: "No lo vi", o se altera: "Ya le crecerá y, por lo tanto, la madre no está castrada". Freud nos aclara que para no sufrir la amputación psíquica que generaría una desmentida, el examen de la realidad tendrá que controlar el alcance de estas desfiguraciones, porque si se prosigue con la desmentida en forma desmesurada, el fetiche (*El fetichismo* (1927)) será el sustituto del pene, del falo de la madre en el que el varoncito ha creído y al que no quiere renunciar.

Ve, percibe y desmiente; escinde, sacrifica su pensamiento y su psiquismo para salvar su pene, porque si acepta que la mujer no lo posee, su propia región del pene correrá peligro, por lo tanto, escotomiza y desmiente, repudia, rechaza la percepción de los genitales femeninos, y nos dice Freud: "La percepción permanece", aunque se emprende una acción enérgica para sustentar su desmentida; la ha conservado, pero la ha resignado, percepción indeseada e intensidad del deseo contrario, llega a un compromiso mediante los procesos primarios, y vendiendo su psiquismo al diablo, la mujer para él sigue teniendo un pene, pero algo lo ha reemplazado: el fetiche que adquiere su interés, aunque maximizado, porque ante el horror a la castración, erige el monumento del fetiche, perdurando como el signo de triunfo sobre la amenaza de castración; se protege ahorrándose, así, el devenir homosexual, y convirtiendo a la mujer por medio del fetiche en alguien soportable como objeto sexual. El Yo del fetichista, de acuerdo con Freud, escinde el hecho desagradable de la ausencia de pene en



la mujer, e irónicamente en la construcción del fetiche cohabitan desmentida y aseveración de la castración.

En 1940, en *La escisión del Yo en el proceso defensivo*, Freud menciona varias salidas del varón ante la prueba que ofrece la percepción visual de la diferencia de los sexos: la más saludable es la aceptación de la diferencia y la renuncia a la satisfacción pulsional, la otra salida elige la desmentida respondiendo al conflicto con dos reacciones contrapuestas: una rechaza la realidad objetiva y no se deja prohibir nada, la otra reconoce el peligro y asume la angustia como un síntoma del que busca defenderse; sin embargo, será a expensas de una desgarradura del Yo que nunca se reparará y se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones subsistirán como el núcleo de una escisión del Yo. El fetichista es el modelo de la perversión y crea, para defenderse de su angustia, un sustituto del pene echado de menos en la mujer (madre), un fetiche para desmentir la realidad objetiva y salvarse de la castración; de esta forma, ya no tiene que temer más y transfiere el valor del pene a un objeto por desplazamiento.

Mario no renuncia porque sería quedar confrontado con la diferencia y quedar privado de ese goce infinito que él anhela, de ser el único objeto de deseo de la madre fálica, pero también aparece el horror a que le sustraiga su virilidad, a que lo atrape y lo deje inmerso en el hoyo negro que le implica mi feminidad.

Mario es un paciente que no puede acceder a la satisfacción que delimita la castración, aparece un goce en esa fusión sin límite y en las satisfacciones parciales o zonas muertas como si no estuviesen investidas, lo cual me produce aletargamiento y confusión, a la que sobrevivo nombrando e integrando estos afectos

en la interpretación. Es sumamente controlador y omnipotente, me hace sentir su demanda excesiva, su exigencia sin límite y su incitación a ser partícipe de ese goce; deposita en mí su impotencia y me castra disminuyendo sesiones como castigo por mi ausencia, limita mi función analítica buscando continuamente dejarme maniatada e inmovilizada frente a su demanda y su exigencia, y atónita ante su narrativa, desea fundirme con él en la desmentida y el goce.

Desmiente continuamente la castración de la mujer y lucha por sostener una virilidad que parece imposible, así como contra sus deseos homosexuales, lo cual se evidenció en un encuentro con un travesti, pues la desmentida no le facultó para percatarse de que no era mujer, pero cuando se dio cuenta no le importó, la atracción y la excitación era muy intensa, tanto como nunca lo había experimentado con una mujer. Este encuentro era siniestro porque le representaba la castración; el travesti, en cambio, escenificaba en lo concreto el ser hombre y mujer, bisexualidad y mujer con pene, no castración, los dos sexos en completud, y pudiendo sentir excitación pensó que era "muy femenino"; un cuerpo de hombre, un miembro viril y una parodia femenina le sugerían la representación de la no castración materna, figura completa e idealizada capaz de ofrecerle ese goce imposible, sin límite tan anhelado, mucho mayor que el placer de los mortales, madre con pene, que lo libraba de la castración.

Mario se sentía cada vez más femenino a pesar de su intento de escenificar una virilidad ante la que era impotente, los encuentros con mujeres lo avergonzaban y evidenciaban de la impotencia. No quería asumir su homosexualidad a pesar de que la conocía.

La desmentida en Mario cumple la función de eliminar la incertidumbre y el azar; nada incierto puede ser admitido, con lo cual la crueldad de los golpes, la victimización y el goce obtenido son un testimonio de su incredulidad: se resiste a creer en la castración, se divide, se escinde entre lo que cree o sabe y lo que resiste a ello. La incredulidad en la crueldad desata la violencia sobre su suspicacia debido a que desconocer las fuerzas pulsionales en el otro encubre el escepticismo en las propias fuerzas pulsionales (Eros y Tánatos).

Las consecuencias de la desmentida de Mario señalan la violencia, el alcohol y las drogas. ¿No es llamativa la tendencia a la destructividad cada vez más violenta? La desmentida da cuenta de los límites en torno a la simbolización de la ausencia, y es una salida que se organiza en lo perceptivo como negación de la ausencia.

Sabemos que la desmentida de la castración y la urgencia psíquica de un mundo sin diferencias está en toda base del fanatismo, del dominio, de la intolerancia, la arbitrariedad y la opresión. Esto se debe a la complicidad rudimentaria de lo sexual infantil inconsciente, así como el desencadenamiento de violencia y transgresión.

En cambio, la castración tiene como referencia la Ley que determina la transmisión del lenguaje como función de subjetivación creadora de marcas, signos y representaciones que constituyen el tesoro de lo interno, y pone freno al dominio del goce pulsional; por eso, desmentirla es también desmentir la legalidad en el orden de la palabra. La desmentida propone negar una inexistencia: no hay no-falo en la madre, entonces, a pesar de que no hay, el sujeto se convierte en autor de un *hay*, de un existente imposible, la creencia que sos-

tiene la desmentida perversa insiste en no permitir que la negación constituyente termine su operación de separación, de discriminación, de diferenciación y de vaciamiento del objeto, por lo cual se constituye en el obstáculo predominante en el acceso del sujeto a la tolerancia a la incertidumbre y a la muerte.

Para Claude Rabant, la desmentida se enuncia "como una negativa de verdad: *No, no puede ser verdad*. Y recae tanto sobre el espanto como sobre la castración: *No, no es verdad*, hay al menos uno que conoce este espanto, puesto que ve lo que los otros no ven. Esto es lo que Freud llama 'escisión'." El desestimador sólo es engañado a medias, pero engendra en sí mismo una desgarradura que va agravándose desde el momento en que este campo del *no hay* no puede anularse, sino que, al contrario, no hace más que acentuarse y adquirir profundidad en función de lo que se desprende de él bajo la forma de la percepción fetichista de "algo que los otros no ven".

BIBLIOGRAFÍA

- Amati Meheler, Jaqueline** (2001). "El amor y la impotencia masculina". En *Revista APA*, 58:4, págs. 701-724.
- Aulagnier, P., y Rosolaro, P.** (1984). *El deseo y la perversión*. Sudamericana: Buenos Aires, Argentina. págs. 11-24, 30-31.
- Freud, Sigmund** (1996). *Obras completas*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.
- _____. "Pegan a un niño". Volumen XVII.
- _____. "El Fetichismo". Volumen XXI.
- _____. "La Negación". Volumen XIX.
- _____. "Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos". Volumen CIX.
- _____. "La escisión del yo en el proceso defensivo". Volumen XXIII.

_____ "La organización genital infantil". Volumen XIX.

Green, A. (1992). *El complejo de castración*. Paidós: Buenos Aires, Argentina.

McDougall, Joyce (1998). *Las mil y una caras de Eros*. Paidós: Buenos Aires, Argentina.

Goldstein, Mirta (2007). "El concepto de desmentida, el sujeto del trauma y el malestar de la época". En *Psique y sociedad*, núm. 1 septiembre 2007.

Rabant, Claude (1993). *Inventar lo real. La desestimación entre perversión y psicosis*. Nueva visión: Buenos Aires, Argentina.